

PRIMERA LÍNEA

(M)

Doña Paquita dicta inmisericorde, y ningún alumno osa levantar la cabeza. La media mañana es azul, luminosa y anodina, como todas. Pasan las garzas en formación camino del muladar, crascitan las chovas y los párvulos agitan la imposible serenidad del patio.

Martín Romero, en la primera fila, escribe cuanto dicta la profesora de Arte, e ignora su entorno. A veces, siente que el **oído** lo aísla de la clase y que sólo llegan a él los párrafos que lee, monótona, Doña Paquita.

Dórico, jónico y **conrintio**...padres: No sé si podré volver a escribirles porque ni sé cuándo saldrá el próximo correo...basa, fuste y capitel...la situación no puede ser peor, porque no creo que aguantemos mucho esta posición...**triglifos** y metopas...si no vuelvo, que sepan que los quiero mucho y que con orgullo entrego mi vida por la patria...arquitrabe, friso y cornisa...no comemos casi nada y ya ni siquiera tabaco. Si resistimos un par de días, ~~tal~~ vez lleguen refuerzos y podamos salir a retaguardia, pero tal como se ve esto...

Martín Romero copia mecánicamente las palabras de Doña Paquita, que empiezan a llegarle como si vinieran del fondo de un túnel. Y escribe, escribe sobre un cuaderno sucio y empolvorado, no con su rotulador luciente de azul turquesa, sino con un lapicero ruin y breve, pero suficiente para dejar en la libreta los penúltimos y urgentes sentimientos de angustia, valor y resignación.

Peristilo, planta...casi sin munición, sin intendencia y sin sangre en las venas. Padre, madre, no lloréis por mí que yo tengo buena estrella y si **salí** ayer vivo, no creo que hoy esos de enfrente tengan ganas de venir a ocupar esta cota con la cantidad de bajas que tuvieron.

Martín Romero escribe los apuntes que le dicta Doña Paquita, pero cada vez la oye más lejos y ya ni siente la presencia inmediata de sus compañeros de clase; lo que siente, lo que ve es un cuadernillo lleno de manchas y de polvo en el que garabatea a duras penas lo que pretende ser una carta de despedida.

Porque Martín Romero está en una trinchera en plano frente de batalla, entre Brunete y Villaviciosa de Odón; Martín pertenece a la cuarta compañía del segundo batallón del noveno regimiento, que manda el camarada Enrique Líster y se dispone a aguantar otra embestida del Tábor de Regulares de Melilla.

Es un **día** ardoroso de inicios del verano y reverberan las piedras en la desolación del páramo. Martín Romero guarda la libreta y el lápiz en un bolsillo del mono azul y se aposta en una tronera que forman los sacos terreros. El zumbido de las balas y el rugido de la artillería son atronadores. Introduce el cañón del máuser y con el cerrojo mete una bala en la recámara. Cuando se inclina para apuntar, divisa, a duras penas, figuras humanas que corren en zigzag y se acercan. Luego todo se deshace y una luz deslumbrante lo ciega.

Martín Romero está yerto sobre el pupitre y no oye la voz de Doña Paquita que mece su hombro.

-¡Eh, chico! ¿Qué te pasa?

R. Reiben (2º Bachillerato)

1º Premio, Bachillerato, 2008

(2)

